

*LA CRÍTICA DE FRANZ J. HINKELAMMERT
A FRIEDRICH A. VON HAYEK.
EL MARCO CATEGORIAL DEL PENSAMIENTO NEOLIBERAL*

Yohnny Azofeifa Sánchez

“A mis amigos neoliberales”

RESUMEN

La pretensión fundamental de este trabajo consiste en analizar y socializar la crítica que desde América Latina realiza el economista y teólogo F. J. Hinkelammert al “*jefe de filas*” del pensamiento neoliberal el pensador austriaco F. Von Hayek. Con la sagacidad y la seriedad que lo caracterizan, Hinkelammert desnuda y pone en evidencia el carácter espurio e ideológico en que descansan los presupuestos epistemológicos y metodológicos del marco categorial neoliberal, así como el marcado antihumanismo de su ética depredadora que bajo un ropaje científicista tantos estragos ha causado en nuestras sociedades.

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

El discernimiento del así llamado *politeísmo de las utopías* ha evidenciado la estrategia y los presupuestos epistemológicos y metodológicos de los cuales se vale, la rica y potente obra de Franz J. Hinkelammert a la hora de analizar y denunciar el carácter espurio e ideológico de los distintos marcos categoriales vigentes, en esta oportunidad examinamos su crítica al *jefe de filas* del neoliberalismo el austriaco Friedrich Von Hayek.

A juicio de los estudiosos, la intención central de la obra de Hayek es mostrar que ese orden extenso que posibilita nuestra cultura resulta de una economía entendida como reflejo del libre juego de nuestras infinitas elecciones, y nunca de designio que pudiese hacer eficaz el

control de dichas acciones por parte de un organizador del bienestar social, con independencia de si se tratase de un benevolente dictador o de una burocracia democrática regida por la idea de justicia social.

Partiendo de esta idea general, Hayek estudia las condiciones de posibilidad de este orden económico, su naturaleza propia y las conclusiones que de él podemos sacar en el desarrollo de una filosofía política. La originalidad del pensador austriaco está en que para él, los fenómenos del mercado, no son un capítulo más en dicha teoría política, ocupada hasta ahora más bien con los problemas que afectan el poder público y sus relaciones con el individuo. La actividad económica nos proporciona la clave para entender los procesos de integración social, y de este modo, la clave también para

entender los modos propios, la eticidad, en terminología hegeliana, de dicha integración, en el orden moral y en el orden político. La moral y la política describen así las actitudes que favorecen o dificultan el desarrollo del orden económico.

FRIEDRICH HAYEK: EL “EVANGELIO”
DE LA LIBERTAD POR EL MERCADO
EPISTEMOLOGÍA Y POLÍTICA

A través de su sociedad Mont Pelerin —verdadera transnacional del pensamiento neoliberal—, miles de discursos y seminarios, y de voluminosos trabajos (en especial el “citadísimo” *Camino de servidumbre* de 1944), Friederich Augustus Von Hayek ayudó a crear una red de economistas y futuros líderes que predominarían en la década de los ochenta. Hayek ha sido considerado el padrino ideológico de la revolución del mercado. La dama de “hierro” Margaret Thatcher, por ejemplo, hizo de *Camino de servidumbre* su biblia económica. El arquitecto del legado inicial de Reagan, David Stockman, fue seguidor de Hayek, por largo tiempo, hasta su posterior deserción, en tanto el exlíder de la Cámara Baja y conpiscuo líder de la *nueva derecha*, Newt Gringrich lo destaca en su lista de lecturas. El reputado político checo, Vaclac Havel, con frecuencia expresa su agradecimiento a Hayek. Revistas tan influyentes como: *National Review*, *Investors Daily*, *Forbes* y el *Wall Street Journal* así como un torrente de documentos sobre políticas públicas del American Enterprise Institute, la Fundación Heritage y el Instituto Cato —los *bunker* del pensamiento de la Revolución Conservadora— reconocen el importante papel intelectual jugado por este pensador austriaco¹.

1 Nacido en Viena en 1899, comenzando su actividad docente e investigadora en el seno de lo que se conoce como la Escuela Austriaca de Economía, fundada por Karl Menger y a la que pertenecían también Böhn-Bawerk y L. Von Mises. Profesor de la London School of Economics de 1931 a 1950, y de la Universidad de Chicago de 1950 a 1962, posteriormente de Friburgo y Salzburgo hasta su muerte, ocurrida en Friburgo en marzo de 1992, a la edad de 92 años. En 1974 se le concedió el Premio

En nuestro continente la influencia de Hayek (y la de aquellos inspirados en él) ha sido considerable. La fascinación de los Chicago Boys con Milton Friedman, quienes lo reconocen como su padre ideológico, hizo de Hayek una especie de abuelo honorífico del experimento chileno. Las publicitadas visitas de Hayek a esta nación fueron cruciales para la auto legitimación intelectual del gobierno de Pinochet, el cual lo recibía en palacio como a un heraldo de la libertad. Sin embargo, más importante que su prestigio fue el legado intelectual de Hayek en la Universidad de Chicago y la subsecuente influencia disfrutada por sus egresados, gran parte de ellos directores de los ministerios y bancos centrales de la mayoría de los países latinoamericanos. La influencia de Hayek en el neoliberalismo del cono sur se selló con la constitución chilena de 1980, que oficialmente se llamó “*La constitución de la libertad*”, en honor a su famoso ensayo que lleva ese título.

Fuera de Chile, es más difícil determinar la influencia específica de Hayek. Existe alguna evidencia en el caso de Perú. En un seminario realizado en 1979, Hayek, inspiró a Hernando de Soto y su investigación en el “Otro sendero”. El compatriota de Hernando de Soto, Mario Vargas Llosa atribuye a Hayek su conversión al mercado. Sin embargo, a pesar de la relevancia de algunos convertidos a Hayek, no está claro hasta qué punto influyó el giro hacia el neoliberalismo en los países andinos en la década de 1980. Trabajos sobre Argentina no le asignan el mismo grado de relevancia que la que Hayek disfrutó en Santiago. En México, el papel de Hayek fue limitado. En conversaciones con una gran diversidad de tecnócratas, nunca escuché referencias a él como una influencia intelectual central (Ceneno, 1997, 90).

Nobel de Economía, junto a Gunnar Myrdal padre de su —tan defenestrado— *estado de bienestar* sueco.

Hayek visitó Costa Rica, en abril de 1965, en una visita considerada seminal para la futura consolidación de la Asociación de Fomento Económico (ANFE), principal centro intelectual y político del nativo neoliberalismo. Los principales dirigentes de este grupo, tales como el expresidente Miguel Ángel Rodríguez, el actual subcontralor de la República, Jorge Corrales, los exministros Telmo Vargas y Alberto Di Mare, así como el columnista de la principal empresa de comunicación del país: *La Nación*, Julio Rodríguez, lo citan y lo festejan como un adalid de la libertad del mercado, continuamente en sus escritos académicos y a través de su columna diaria, en dicho periódico.

Si bien la evidencia de una vinculación ideológica e intelectual directa de Hayek, con América Latina no es muy extensa, puede señalarse a este como el progenitor de una particular actitud hacia las políticas públicas que llegó a dominar el continente en la década de 1990. Además, Hayek, es el representante ideal de un movimiento cultural/ideológico que incluyó a los regímenes neoliberales de Latinoamérica. Más específicamente, el pensamiento de Hayek nos permite explorar las posibles contradicciones en el paradigma neoliberal y las repercusiones derivadas de su aplicación. Precisamente, porque gran parte del trabajo de Hayek se centra en señalar el carácter antidemocrático del socialismo, constituye un sujeto de análisis ideal para clarificar si es la economía o la política la que forja el camino hacia la servidumbre.

Quizás la apelación que más convenga al quehacer intelectual de Hayek es el de filósofo social: él es uno de esos casos en que el entrenamiento en economía lleva a meditaciones más hondas y a la contemplación de un universo más rico y de mucho mayor sentido que el posible desde sólo la economía. Es el caso de David Hume, Adam Smith, Karl Marx, John Stuart Mill, Wilfredo Pareto, Joseph Schumpeter y ciertamente de Friedrich Hayek.

No fueron todos, necesariamente, los grandes descubridores, pero sí alcanzaron una comprensión de la sociedad, del hombre, y de la historia de tal generalidad

y poder teórico que modificaron el rumbo del pensamiento social de su tiempo. Hayek se interesó inicialmente en la psicología, luego pasó a la economía y a la teoría de la ciencia o epistemología, y de aquí a un estudio muy profundo de la teoría de la sociedad, a lo que se ha dedicado los últimos treinta años, sistemática y fructíferamente (Di Mare, 1986, 9).

Para este columnista nativo, Hayek, es uno de los autores que más ha analizado el orden de la libertad, las características homeostáticas propias del orden social, que permiten la existencia del orden espontáneo, sin designio previo, de donde dimana el poderío de la libertad en la vida social y de donde proviene el milagro de creatividad de la burguesía, que tanto asombrara a Marx. La clave de la teoría política hayeckiana radica en sus teorías sobre el conocimiento. Hayek no podría estar más de acuerdo con el llamado “giro epistemológico” contemporáneo en la filosofía y en las ciencias sociales, incluso si disintiera radicalmente de muchas de las posturas políticas resultantes. Si Marx —a su juicio— es un determinista económico, Hayek —creemos nosotros— es un determinista epistemológico².

Hayek se consideraba a sí mismo como parte de una tradición intelectual que comienza con Mandeville, pasando por

2 Se puede señalar que los supuestos epistemológicos subyacentes a la visión hayekiana del conocimiento social comparten un “aire de familia” con otros pensamientos importantes de la época como sus compatriotas del famoso Círculo de Viena, especialmente Moritz Schlik, y en su juventud Ernst Mach y posteriormente Gilbert Ryle y Michael Polanyi, amén de Ludwig Wittgenstein —de quien por cierto era primo—. Para conocer una síntesis de su extensa obra al respecto se puede consultar “Los errores del constructivismo” publicado en la *Revista Estudios Públicos*. Chile, nro. 29, 1988, verdadero “bunker” de la ideología neoliberal Latinoamericana, allí han aparecido diversos artículos de y sobre Hayek, —subutilizada, como casi todas las que reciben nuestras bibliotecas universitarias, recomendamos su lectura—.

Locke, la Ilustración Escocesa, Edmund Burke, Tocqueville y Lord Acton. De su amplia herencia intelectual británica, Hayek adoptó dos premisas fundamentales: Primero, el “individualismo metodológico”. Este sostiene que la clave para la comprensión humana se encuentra en el análisis de las acciones del individuo. Sólo perfilando los efectos combinados de estas, podemos descubrir las raíces de las instituciones sobre las cuales descansa la sociedad. Lo que se manifiesta como acciones de los colectivos no es más que la interacción de una diversidad de individuos. Hayek contrasta este hecho con la doctrina del “realismo conceptual” con la que asocia a Bacon, Descartes, Rousseau, Comte y, por supuesto, Marx. Esta perspectiva, sostiene que los colectivos tales como las clases o el Estado existen y pueden actuar e incluso ser más importantes que la acción individual (Centeno, 1997, 91).

El anti-induccionismo activo de Hayek sirve como segunda guía metodológica. El interpretar o el explicar los actos individuales requiere de nuestra lectura subjetiva de la situación. Esto hace imposible confiar por completo en nuestras observaciones o análisis.

En tales instancias estaremos tan sólo proyectando nuestros sesgos particulares y preconcepciones respecto al mundo. Al igual que los empiristas antes que él, Hayek sugiere que mucho de nuestro conocimiento de la realidad exterior refleja una simple construcción mental que no necesariamente tiene un equivalente en la naturaleza. Siguiendo a Kant, Hayek supone que los seres humanos poseen conjuntos de categorías a priori con las cuales interpretan y comprenden el mundo. Elaborar una teoría basada en observaciones empíricas es por lo tanto, un disparate. Todo lo que podemos esperar es desarrollar una serie de proposiciones que se ajusten a un patrón lógico y cohesionado.

Miembro de la renombrada Escuela Austriaca de Economía, Hayek es un severo crítico de toda forma de intervencionismo estatal, señalando que el socialismo constituye un error

fatal de orgullo intelectual, o si se prefiere, de arrogancia científica³.

La gran aportación de Hayek consiste, básicamente, en haber puesto de manifiesto que la idea original de Ludwig Von Mises en torno a la imposibilidad del cálculo económico socialista no es sino un caso particular del principio más general de la imposibilidad lógica del “racionalismo constructivista o cartesiano”, que se basa en el espejismo de considerar que el poder de la razón humana es muy superior al que realmente tiene, y que cae, por tanto, en la fatal arrogancia “cientista” que consiste en creer que no existen límites en cuanto al desarrollo futuro de las aplicaciones de técnica o ingeniería social. Hayek, muestra además, detalladamente la íntima relación intelectual que existe entre la moralidad propia de los grupos primitivos, gran parte de la filosofía clásica griega (sobre todo Platón y, en menor medida Aristóteles), el moderno racionalismo constructivista de origen cartesiano y la actitud científica existente en la mayoría de los miembros de la clase intelectual de los países occidentales que, en su mayor parte, son víctimas del espejismo cientista.

Durante la mayor parte de su vida intelectual, Hayek tuvo una constante lucha con lo que denominó “constructivistas racionales”: aquellos que tenían infinita fe en la habilidad del conocimiento humano para crear y comprender los diseños sociales óptimos. Estos son precisamente los mismos autores que centran su análisis en actores colectivos. Según Hayek, comparten un tipo ingenuo de racionalismo con una confianza desmesurada en la ingeniería social. Estos falsos supuestos se pueden atribuir a la valoración excesivamente optimista de la

3 A juicio de Velásquez, la filosofía de Hayek es una filosofía anti-todo, siendo de algún modo anti-cartesiano, anti-kantiano, anti-hegeliano, anti-marxista, anti-keynesiano, anti-ilustrado, anti-estadista, anti-igualitario, anti-justicia social a la que considera —dicho sea de paso— un atavismo, esta actitud, constituye —a nuestro modesto entender— *La fatal arrogancia* título de su último libro.

capacidad cognoscitiva humana. Él ataca la perspectiva sinóptica de la ciencia que imagina que todo el conocimiento de una sociedad puede encontrarse en una cabeza. Las ciencias sociales sufren de la misma limitación que la planificación social. La opinión de Hayek respecto a la sociología puede suponerse por su caracterización de Comte como un “totalitario del siglo XIX” (*Camino...* pág.20). La economía contemporánea es tan culpable como las otras ciencias sociales de lo que Hayek (en su discurso de Premio Nobel) denomina la “pretensión del conocimiento”: una generación de economistas (imagina) que las ficciones estadísticas que dominan los modelos macroeconómicos reflejan las relaciones económicas reales (Gray, 1984, 30, Cita-do por Centeno, *Ibid.*).

Pero no es como podría pensarse, Hayek formando parte de las huestes de los hoy de moda postmodernos, el trabajo de Hayek es la antítesis de tales críticas. Él dedico mucho tiempo y esfuerzo contra los ataques que desafían la idea de una verdad única. Esto solo puede conducir a un relativismo moral y político de la peor especie. La posición de Hayek parece paradójica puesto que, si bien él se opone a la arrogancia racionalista, sigue creyendo en alguna capacidad para descubrir la verdad y que la única senda para la salvación radica en la eliminación del error. A diferencia de los postmodernos, Hayek cree que los “hechos” existen, pero que hay severas limitaciones en nuestra habilidad de percepción, análisis y comprensión de estos. Al igual que Popper, Hayek no niega la verdad sino nuestra capacidad de conocerla con certeza⁴.

4 Podemos afirmar que la línea epistemológica de Hayek —es sobre todo— con Karl Popper, especialmente después de que este publicara *La lógica del descubrimiento científico* (1935) con el que esta más cerca. Esta obra tiene un fuerte impacto sobre Hayek porque en ella se vio sistematizada muchas cuestiones de la filosofía de las ciencias sociales que él mismo había barruntado en el transcurso del debate sobre el problema del cálculo

En suma, Hayek ha depurado el racionalismo de sus excesos, y a través de su “racionalismo crítico evolucionista” ha introducido unas dosis de humildad y realismo de las que estaba muy necesitada el desarrollo de la ciencia social de nuestros días

El modelo epistemológico debería ser la teoría evolutiva relacionada con un proceso de continua adaptación a los acontecimientos imprevistos que nunca nos debe situar en una posición de predecir o controlar racionalmente la evolución futura. Todo lo que puede hacer es mostrarnos de qué modo las estructuras complejas llevan dentro de ellas mismas un medio de corrección que conduce a nuevos desarrollos evolutivos... (*The Fatal Conceit*, 1989, pág. 25). La mejor manera de entender la epistemología hayekiana es invirtiendo el famoso aforismo de Marx: Hayek quiere que los filósofos abandonen sus intentos de cambiar el mundo y se concentren mucho más en interpretarlo. Podemos lograr algún entendimiento de los patrones de la vida social, de cómo estos dictan las acciones y de sus probables resultados. Sin embargo, no podemos alcanzar el conocimiento para crear un mundo diferente (Centeno, 1997, 93).

Hecha esta breve contextualización de la figura y de la obra hayekiana, centremos nuestro trabajo —en lo que sigue— en el rico y potente

económico en la planificación socialista. Fruto importante de esta convergencia que surgió de esta lectura fue la invitación cursada por Hayek al padre de la “sociedad abierta”; Popper en 1936 para que este leyera en su seminario en la London School su *Miseria del historicismo*. Me parece recordar que en su autobiografía Popper señala que el nombre de su *Magna opus La sociedad abierta y sus enemigos* le fue sugerido por su “compadre” Hayek. No esta de más, señalar, —al respecto— que estos dos autores, constituyen para Hinkelammert sus *bestias negras* a los que sin duda, desde el nivel mundial, es uno de sus máximos conocedores.

análisis crítico que realiza el maestro Franz J. Hinkelammert desde América Latina, de sus principales tesis.

LA CRÍTICA DE FRANZ J. HINKELAMMERT
AL MARCO CATEGORIAL NEOLIBERAL

El capítulo segundo de su obra *Crítica a la razón utópica*, nuestro autor lo dedicará a analizar las tesis centrales de lo que él llama: “El marco categorial del pensamiento neoliberal actual”, a partir del pensamiento del mencionado Hayek, para ello se vale, especialmente de su conferencia pronunciada con ocasión de la recepción del premio Nobel de Economía con el título de *La pretensión del conocimiento*.

De partida, Hinkelammert, señala que el pensamiento neoliberal es diferente al conservador, aunque mantiene una continuidad básica con ese pensamiento. Lo que distingue al pensamiento neoliberal del pensamiento conservador, es el hecho de que el primero no considere que las diferentes sociedades tengan, cada una, su legitimidad específica a partir de un nomos específico. El pensamiento conservador no discierne sociedades y no desarrolla ningún criterio de juicio sobre las sociedades diversas. El pensamiento neoliberal, —a su juicio— en cambio, es un pensamiento de legitimación de una sociedad específica en contra de otras sociedades. Es específicamente un pensamiento de legitimación de la sociedad burguesa.

Pero también el pensamiento neoliberal se distingue marcadamente del pensamiento liberal original. Cuando este pronuncia la legitimidad de la sociedad burguesa, lo hace en contra de las tendencias hacia la sociedad socialista y en contra de sociedades socialistas existentes. Su legitimación de la sociedad burguesa pasa por la ilegitimación de la sociedad socialista. El pensamiento liberal original, en cambio, —si bien también es un pensamiento de legitimación de la sociedad burguesa—, se dirige en contra de las sociedades precapitalistas, en especial la sociedad feudal. Legítima, por tanto, la sociedad burguesa ilegitimando

la sociedad precapitalista, en especial la sociedad feudal de los siglos XV al XVIII. El pensamiento liberal original es la superación de las sociedades anteriores. El pensamiento neoliberal del siglo XX, es un pensamiento que busca evitar la superación de la sociedad burguesa por la sociedad socialista (Hinkelammert, 1985, 55).

Esto le da —según Hinkelammert— al pensamiento neoliberal un tinte conservador, aunque efectivamente no sea un pensamiento conservador en el sentido de, por ejemplo: Peter Berger, otro autor al cual se analiza en la obra que mencionamos. Hay determinados rasgos que el pensamiento neoliberal comparte con el pensamiento conservador. El rasgo central consiste en que también el pensamiento neoliberal parte de un concepto de realidad precaria, restringiendo la realidad a los elementos institucionales. Sin embargo, no de cualquier institucionalidad y en cualquier nivel.

Es un pensamiento de mercado y el mercado es su concepto empírico central⁵. La economía de mercado está en peligro, y los que la amenazan son los mismos que en el pensamiento conservador: el egoísmo y la estupidez. A partir de este mercado amenazado como concepto empírico central, el pensamiento neoliberal elabora un marco categorial también de manera polarizada. En esta elaboración aparecen conceptos límites polarizados, que son nuevamente, por un lado, el caos y, por el otro, el mercado perfecto o el modelo de competencia perfecta. Son contruidos por una proyección al infinito mediatizada por un progreso infinito a partir de un rasgo empírico central de la realidad.

5 Al respecto declara Hayek: “El gran avance que hizo posible el desarrollo de la civilización y finalmente de la Sociedad Abierta fue la gradual substitución de reglas abstractas de conducta por fines obligatorios específicos y con ello, el juego de un deporte para actuar concertadamente bajo indicadores comunes, fomentando así un orden espontáneo: el mercado”. Hayek prefiere llamarlo “juego de catalaxia” (Hayek, 1989, 185).

Siendo amenazado el mercado, esta amenaza puede ser pensada en términos siempre más graves hasta llegar al derrumbe del mercado, que desembocaría en caos y destrucción, apareciendo así, el concepto límite negativo del caos. Por otro lado, imponiéndose el mercado a las amenazas, este es pensado, igualmente, por un progreso infinito, en términos siempre más perfectos, hasta llegar al concepto límite positivo de la competencia perfecta.

Tanto el caos como la competencia perfecta son conceptos no-empíricos, los cuales engloban la realidad empírica limitándola. Sin embargo, los dos conceptos límites trascienden esta realidad empírica del mercado y constituyen, por tanto, conceptos trascendentales, en referencia a los cuales la realidad empírica es interpretada. Son conceptos imaginarios de la realidad y por tanto no factibles, pero de ninguna manera son conceptos arbitrarios. Son empírea idealizada a partir de rasgos generales de la realidad, que es considerada en términos del mercado amenazado (*Ibid.*, 56).

Sostener su existencia presupone una simple confusión entre conceptos empíricos (cuyo referente es la realidad concreta dada por la experiencia) y conceptos trascendentales (condiciones que hace posible conocer la experiencia).

Enfatiza Hinkelammert, que el pensamiento neoliberal descansa precisamente sobre esta confusión. Sostiene tal tendencia empírica hacia un concepto límite y trascendental. Si bien Hayek percibe este carácter de concepto límite de la competencia perfecta, no da cuenta de este carácter del concepto. Solamente de esta manera puede seguir sosteniendo una tendencia empírica al equilibrio, cuya imposibilidad, el reconocimiento del equilibrio de la competencia como concepto trascendental habría demostrado.

Al concepto límite positivo del equilibrio de la competencia perfecta, corresponde, en el pensamiento neoliberal, un concepto límite negativo de la destructividad y del caos.

En el pensamiento conservador la relación entre realidad precaria, utopía y caos, es

estática y simplemente constatada; en el neoliberalismo se la analiza ahora en términos de un mecanismo de acción dinámico en el tiempo. Aparece toda una *secuencia antiutópica*, que se dirige en contra del intento socialista de superación de la sociedad burguesa. Esta secuencia antiutópica que Hayek usa en la crítica al socialismo, es en la opinión de él a la vez una secuencia antisocialista. Contiene tres etapas, que Hinkelammert, describe así:

1. La utopía socialista es el proyecto de una sociedad sin relaciones mercantiles. Esta tendría que determinar los productos que se producen, los factores que se emplean y el abastecimiento de las personas sin recurrir al mercado. Eso es solamente posible, si por lo menos un individuo tiene conocimiento perfecto del conjunto de todos los acontecimientos.
2. Es imposible que alguna persona o institución pueda tener un conocimiento perfecto que haga posible una planificación tal que pueda sustituir el mercado en su función de asignación de los recursos.
3. El socialismo hace el intento de efectuar una planificación central capaz de sustituir el mercado como ámbito de asignación de los recursos. Por tanto, intenta lo imposible. Al intentar realizar lo imposible, el socialismo es irracional, y produce caos, destrucción y tiranía.

Ya habíamos visto como Hayek, por un lado, usa el modelo de la competencia perfecta para poder definir lo que él llama *equilibrio*. Por otro lado vimos, como Hayek lo indica, que es imposible usarlo tecnológicamente para calcular cantidades y precios, porque es imposible concentrar los conocimientos correspondientes en una persona o institución. Ahora nos dice: para que sea posible el socialismo, este tendría que poder calcular positivamente el equilibrio descrito por la teoría de la competencia perfecta; sin embargo, como no puede y a pesar de ello intenta hacerlo, el socialismo lleva a

la irracionalidad económica, al caos y a la destrucción. El intento del socialismo lleva a la concentración del poder en unas manos, y este poder concentrado es tiránico porque no puede ser racionalmente empleado. Aunque la planificación socialista acumule poder, no tiene manera racional de emplearlo y, por tanto, sus decisiones necesariamente son irracionales y arbitrarias. Von Mises habla así con relación al socialismo de un “caos ordenado” (*Ibíd.*, 64).

Según el análisis hinkelammertiano, a partir de la secuencia antiutópica mencionada, Hayek tiene ahora un modelo de acción que intenta explicar el paso de la utopía al caos, que el análisis conservador de Berger solamente podía anunciar sin explicarlo. Lo utópico es lo antimerchantil, como tal lo imposible, como tal el motivo aparentemente humano que conduce al camino de la inhumanidad total. Es la inhumanidad camuflada como humanidad como dice uno de los títulos más publicitados de Hayek, *Camino a la servidumbre*.

Es la no-factibilidad de la utopía, lo que según Hayek hace que su humanismo sea aparente y presente en realidad lo inhumano, el caos, la destrucción, la tiranía, la violencia. Su no-factibilidad, sin embargo, descansa en la imposibilidad de un conocimiento correspondiente a una organización social como aquella anunciada por la utopía. Por lo tanto *la raíz del mal en última instancia no es la utopía misma, es la “pretensión del conocimiento”* adecuado a la realización de tal utopía. El utopista es portador del mal porque pretende un conocimiento perfecto que le es vedado.

Comportándose como si tuviera tal conocimiento y organizando una sociedad que solamente con tal conocimiento podría ser realizada, él produce la destrucción, el desorden y el caos.

Es el desenlace en el caos, lo que Hayek vincula con la orientación utópica. Pero, no se trata del caos conservador así no más. Hayek siempre tiene enfrente un socialismo ya existente, que no es y no puede ser el caos del conservador,

que para él es simplemente el fin. Su contrapartida del concepto límite del equilibrio es, por tanto, no un caos realizado, sino una sociedad en la cual ya no vale la pena vivir. Una sociedad —la socialista— que la ve como perdición y tiranía, en la cual el hombre subsiste pero ha perdido los valores que pueden dar sentido a la vida, y que son los valores burgueses del mercado. Sin embargo, a partir de esta subsistencia humana sigue anunciando, como lo hace el pensamiento conservador, el desenlace de la destrucción final, es decir el caos. Pero este desenlace está mediatizado por una sociedad específica contraria a la sociedad burguesa, y que tiene en sus entrañas tal final caótico. Este análisis de la tendencia al caos vía utopía socialista es bien común entre los neoliberales (*Ibíd.*, 66).

Veamos nuevamente aquí, siguiendo la conocida formulación de Sir Karl Popper:

Como otros antes que yo, llegué al resultado de que la idea de una planificación social utópica es un fuego fatuo de grandes dimensiones, que nos atrae al pantano. La *hibris* que nos mueva a intentar realizar el cielo en la tierra, nos seduce a transformar la tierra en un infierno; un infierno como solamente lo pueden realizar unos hombres contra otros (Citado, *Ídem*).

Hay una planificación utópica que es no-factible; como trasciende la factibilidad humana, es percibida como el cielo; al intentar hacer lo no-factible la utopía se convierte en fuego fatuo, y como tal lleva al pantano siempre y cuando se haga el intento de realizarla. Lo que resulta es el infierno, otro nombre para el caos.

Hinkelammert señala, que un filósofo anterior a Popper muy importante: Hegel, es el inventor de esta secuencia antiutópica para denunciar un movimiento social de cambio, en este caso, la Revolución Francesa acontecimiento que califica como demasiado terrible y

cruel y fundamentada en abstracciones de una “pretendida racionalidad”. (Aunque es, un amigo de este, el poeta Hölderlin el que “inventará” el conocido lema que retomara luego el filósofo austriaco).

En la derivación del marco teórico-categorial de la teoría neoclásica aparecen dos afirmaciones que son claves para la evolución crítica de sus resultados⁶.

1. La derivación del equilibrio económico general a partir exclusivamente de indicadores mercantiles. Ello implica que este equilibrio general está descrito exclusivamente en precios relativos, lo que permite reducir la descripción del equilibrio a estos indicadores mercantiles.
2. Se sostiene que una justicia social enfrentada a las leyes del mercado no se puede realizar racionalmente a no ser en los términos de una planificación total, que prescinde de los indicadores mercantiles. Siendo imposible el conocimiento perfecto correspondiente, se concluye que la realización de la justicia social es imposible y utópica, de manera tal, que no hay otra alternativa económicamente racional, de organización de la economía que no sea la del mercado total.

Estas dos tesis se conectan entre sí y conforman las tesis claves del pensamiento neoliberal. Hinkelammert, las somete a un análisis para comprobar su grado de validez, empujando por la crítica de la reducción del equilibrio general a un equilibrio exclusivamente de indicadores mercantiles.

Prescindiendo de otras críticas posibles, nos podemos concentrar en el hecho de que los precios calculados por la teoría general son exclusivamente precios

relativos. Para poder sostener la posibilidad de un cálculo de tales precios relativos, la teoría general tiene que suponer que todos los precios de los productos y factores son completamente variables, por lo menos, entre cero y alguna cifra positiva cualquiera. Eso implica, especialmente, que esta teoría general del equilibrio tiene que suponer la completa variabilidad del salario entre cero y alguna cantidad positiva. Es este supuesto de la variabilidad completa de los salarios el que permite reducir el problema económico a un problema de determinación de precios relativos y, por tanto, reducir la selección económica a un problema de preferencias subjetivas. Eso lo expresa el slogan de Milton Friedman: “Libres para elegir”. Sin embargo, este supuesto de variabilidad de los salarios supone, a la vez, que el hombre no tiene necesidades, sino únicamente gustos. En este enfoque, el hombre no requiere satisfacer sus necesidades de alimentación, vestimenta, etc., sino que únicamente tiene gustos o preferencias que le permiten preferir la carne al pescado, el algodón a la fibra sintética, etc. El problema económico de la teoría neoclásica del equilibrio se reduce, por tanto, al análisis de los precios relativos y de las preferencias. No importa cuál sea el nivel de ingresos de una persona, sino únicamente su manera preferencial de utilizar el ingreso según sus gustos o preferencias (*Ibid.*, 67).

Señala Hinkelammert, que un conocimiento perfecto, no puede asegurar un sistema de precios de equilibrio en todos los casos, si el salario tiene un límite inferior positivo.

Así, el conocimiento perfecto no es un supuesto suficiente para poder sostener la existencia de un sistema de precios de equilibrio y, por ende, consistente. Por ello tiene que hacerse además el supuesto de la variabilidad ilimitada de los salarios. Sin embargo, nadie puede sostener que los salarios reales puedan ser ilimitadamente variables.

Para que el hombre viva, y por lo tanto pueda trabajar, necesita una disponibilidad

6 Esta parte del trabajo es sumamente técnica y su adecuada elaboración, excedería —en extensión y propósito— un trabajo de este tipo. Consideramos que para nuestros propósitos, se señala al respecto lo básico de la exposición hinkelammertiana. En el libro de Hernández-Pacheco se ofrece una clara y amplia exposición del tema, págs. 213-229.

determinada de bienes y servicios. No hay solamente preferencias, sino que también —y antes que ellas— necesidades. Siendo el hombre un ser natural, para él valen las leyes naturales y estas determinan que existan necesidades. De esta manera, no hay un sistema de precios consistentes para todos los casos y por tanto, la teoría general del equilibrio misma no es consistente. Siendo un análisis exclusivamente en términos de precios relativos, el equilibrio que deriva no es factible en general. Por el hecho de que existen necesidades humanas, existe un término absoluto para la determinación de los precios, cuya consideración hace inconsistente un sistema de precios derivado únicamente de la consideración de los precios relativos. Este mismo argumento lo podemos ampliar más todavía.

Habiendo necesidades, y por tanto existiendo un mínimo de subsistencia para todo ser humano, se deriva otra condición de la racionalidad económica, que un equilibrio descrito en términos de precios relativos no puede tomar en cuenta. Se trata del problema del equilibrio ecológico, que es condición de largo plazo para que el hombre pueda satisfacer sus necesidades. La consideración exclusiva de precios relativos y de la orientación de la acción humana por tales precios, implica potencialmente la destrucción de la naturaleza. Tampoco puede haber un sistema de precios consistente con esta condición concreta de la vida humana a largo plazo. Llegamos al resultado siguiente: si introducimos la necesidad de subsistencia humana, y por derivación, de la naturaleza exterior en la teoría general del equilibrio neoclásica, esta teoría deja de ser consistente y se hace contradictoria (*Ibid.*, 70).

Sin embargo, cualquier pronunciamiento realista sobre la economía tiene que considerar estos elementos. Tomando, por tanto, la teoría del equilibrio como una teoría de la economía real, ella es inconsistente y deja de ser válida como tal. No solamente falta una tendencia del mercado al equilibrio por el hecho de la solución sucesiva del sistema de ecuaciones lineales

en cambio constante, sino que el equilibrio mismo no es consistente y por tanto no existe. Así, el mercado no tiene una tendencia al equilibrio ni un concepto límite de este mismo equilibrio.

Hinkelammert señala, como en términos éticos Hayek formula la polarización entre la aceptación del mercado como ámbito automático del equilibrio y la negativa a la seducción utópica de la justicia social, en términos de humildad y orgullo. Todo su análisis de la secuencia anti-utópica es, de hecho, una preparación de esta acusación del orgullo en contra de los socialistas. El método para la constitución de esta ética del mercado a partir de la teoría económica, es la transformación del mercado en un ser milagroso, en una entidad que representa en el mundo aquella fuerza omnisciente, que sólo el utopista puede pretender detener. Lo que el utopista, en su postura de orgullo pretende para sí, ya lo posee este mecanismo del mercado milagroso. Sin embargo, el utopista, en su *hibris*, no quiere reconocer a esta fuerza del mercado como superior a él.

Se opone orgullosamente al milagro del mercado y en su *hibris*, va al infierno.

Esta transformación del mecanismo del mercado y de la competencia en milagro, parte de la tendencia al equilibrio que Hayek le ha imputado a este mercado. Como tal, lo ve como un mecanismo de asignación óptima de los recursos, y en cuanto mecanismo anónimo, el mercado puede realizar algo, que el hombre al planificar, jamás puede realizar. El planificador utópico no tiene una calculadora tan potente como para realizar la tarea que él se propone. Sin embargo, no ve, o en su orgullo no quiere ver, que lo que él está buscando confiado en su propio saber, lo tiene ya frente a sí en forma de mercado (*Ibid.*, 76).

Cada productor, por tanto, se puede adaptar a los cambios que el mercado señala. No hacen falta órdenes ni planes centrales, porque esta calculadora encarnada en las relaciones mercantiles lo hace todo para aquel que está dispuesto a someterse a ella. Y esto, Hayek lo

califica de “milagro”. Con lo que, —a juicio de Hinkelammert— desemboca en una verdadera idolatría del mercado. Ya que, en realidad el mercado no tiene nada parecido a una computadora. Si bien los precios son índices que indican algo, el problema es que el productor nunca puede saber lo que indican. Para saberlo, el productor tendría que tener aquel conocimiento perfecto que, efectivamente, jamás puede alcanzar. El hecho de que la decisión económica en el mercado se toma en un ambiente de riesgo, comprueba precisamente que el productor jamás puede saber lo que los precios indican.

El productor atribuye a los precios y sus movimientos un determinado significado, y su riesgo es acertar o no. El ambiente del mercado es de tal inseguridad, que no tiene nada parecido a una “máquina de registros de cambio”. Al contrario, *la teoría general del equilibrio* de Walras-Pareto estipula un sistema de ecuaciones simultáneas. Para que el mercado funcione como una calculadora, tendría que ser capaz de solucionar simultáneamente estas ecuaciones.

Pero, dado el hecho de que las situaciones de mercado cambian constantemente, este mercado tendría que solucionar este sistema de ecuaciones simultáneas, simultáneamente. Sin embargo, el mercado es un sistema de adaptaciones sucesivas y un sistema de ecuaciones simultáneas no es solucionable jamás mediante soluciones parciales sucesivas. Ni siquiera un tiempo infinitamente largo es suficiente para ello, si el sistema de ecuaciones cambia de un momento a otro. Si hubiera una solución, esta sería siempre ocasional.

Enfatiza el análisis hinkelammertiano, como esta es la razón que no hace posible la tendencia al equilibrio. Asimismo es la razón por la que no es posible una asignación óptima de los recursos a través del automatismo del mercado. Sin embargo, la idolatría liberal del mercado le atribuye a este tanto la tendencia al equilibrio como la asignación óptima de los recursos. Lo transforma entonces en el lugar de la razón. La razón en la visión neoliberal es vista, por tanto,

como un mecanismo colectivo de producción de decisiones, como un resultado del propio mecanismo del mercado. La razón de este extraño individualismo

no es una razón individual. Su ser más íntimo es un *sacrificium intellectus*, la renuncia al juicio propio. Se trata de un individualismo que niega al individuo su razón subjetiva e individual (*Ibid.*, 77).

Este individualismo es irracional y, a la postre, anti-individual:

Habla, por tanto, del mercado como el lugar de una razón “colectiva y milagrosa”. Y como el mercado —como lugar de este “proceso interpersonal”— es una institución, la razón verdadera, que es colectiva y milagrosa, está en el corazón del sistema institucional en el grado en el cual lo está el mercado. Donde hay milagro, hay fuerza superior. El hombre solamente se puede callar, reconocer y adorar. El orgulloso no reconoce el milagro. Aparece entonces la virtud central y clave de la ética neoliberal derivada de su marco categorial de interpretación del mundo: *la humildad*. Donde hay orgullo del utopista, que se lanza en pos de la justicia social y en contra del mercado, allí falta humildad frente al milagro, que solamente los corazones sencillos reconocen (*Ibid.*, 78).

Afirma Hinkelammert, que humildad, según Hayek, es dejar que arrase el capital con el ser humano y con la naturaleza. Orgullo e *hbris* son, en cambio, defender al *ser humano* y a la naturaleza de la amenaza que el capital desenfrenado está preparando contra ellos. Esta moral de la humildad y del orgullo desemboca en una verdadera mística del mercado, del dinero y del capital. Mediante esta mística se construye toda una visión de la realidad, que sustituye la realidad inmediata por las relaciones mercantiles. La realidad concreta aparece como un subproducto de las relaciones mercantiles, y el hombre es lo que las relaciones mercantiles hacen de él.

Eso se refiere al propio núcleo de la libertad humana. *En la visión neoliberal, el ser humano es libre en tanto y en cuanto los precios son libres*. La liberación del ser humano es consecuencia y también subproducto de la liberación de los precios. Haciendo libres los precios, el

ser humano se libera. Así, se niega cualquier libertad humana anterior a las relaciones mercantiles o anterior al mercado. Por lo tanto, se niega también cualquier ejercicio de libertad en cuanto este pueda entrar en conflicto con las leyes del mercado.

Libertad es mercado, y no puede haber intervención estatal en el mercado en nombre de la libertad. Libertad es el sometimiento del ser humano a las leyes del mercado, y no se reconoce ningún derecho humano que no se derive de una posición en el mercado. *Los derechos humanos se agotan en el derecho de propiedad.* Así es la mística de las relaciones mercantiles.

A las virtudes del mercado corresponde la libertad de los seres humanos, y como premio de la historia, el milagro económico. A los pecados en contra del mercado corresponde ser tratado como pupilo del Estado y rehén, y como castigo, el caos. Sin embargo, tanto las virtudes como los pecados se pagan en esta vida. Las virtudes por el milagro económico y los pecados por el caos, el desempleo, la pauperización, el subdesarrollo, etc. Allí caben arrepentimientos y rectificaciones, pero al último juicio nadie escapa: *Historia mundial, Juicio final.* Y en términos del anarco-capitalismo, que expresa bien la perspectiva totalitaria del neo-liberalismo: *Mercado total, Juicio final (Ibíd., 80).*

Señala Hinkelammert, como dada esta moral básica de humildad y orgullo, la ideología neoliberal construye su concepto de aproximación en el tiempo al equilibrio. Esta teoría de aproximación nos puede explicar por qué el neoliberalismo de hoy —de Hayek y de la Escuela de Chicago— habla muy poco del modelo de competencia perfecta y mucho del modelo del equilibrio, siendo ambos lo mismo.

En opinión de Hinkelammert: *El neoliberalismo surge como una respuesta ideológica a la crisis económica desembocada con el alza del petróleo en 1973.* A pesar de que se trata de una crisis comparable con otras crisis anteriores del sistema capitalista mundial, esta respuesta ideológica es diferente a muchas anteriores. Crisis mundiales de esta profundidad y

duración han habido varias, en especial en los años treinta de este siglo y en los años 30-40 y 70-80 del siglo XIX. En la crisis de los años 30-40 del siglo que recién termina aparece como una respuesta ideológica el *manchesterianismo*, una ideología empresarial a ultranza. En los años 70-80 del mencionado siglo XIX aparece más bien una ideología de intervención estatal vinculada con la promoción del seguro social y de la política antimonopólica. En los años 30 del siglo XX la respuesta ideológica a la crisis es un intervencionismo ampliado que implica una política económica activa del pleno empleo (*keynesianismo*). Sin embargo, en la crisis mundial actual la respuesta ideológica vuelve a ser una ideología empresarial a ultranza, que se parece mucho al manchesterianismo del siglo XIX y que repite hasta cierto punto los esquemas teóricos de aquél. En relación con la crisis de los años 30 la ideología de hoy es nueva y significa una ruptura. Sin embargo, en cuanto a la historia de las crisis capitalistas, esta nueva ideología del *chicaganismo* es bastante vieja y es una réplica del manchesterianismo. *El neoliberalismo es este chicaganismo-neomanchesteriano.*

Esta nueva corriente da una interpretación muy especial a la actual crisis económica. La interpreta como una crisis resultante del capitalismo organizado por el Estado intervencionista, surgido de la crisis mundial de los años 30. En los años 50 y 60 se esperaba de este Estado intervencionista la posibilidad de evitar nuevas crisis mundiales en el futuro. Ahora, el neoliberalismo invierte simplemente esta tesis y sostiene, en contra de todas las evidencias empíricas, precisamente que es el intervencionismo estatal la propia causa de esta nueva crisis. Por una vuelta sofista muy audaz, se declara a los intentos de evitar las crisis y de superarlas, como la causa misma de estas crisis (*Ibíd., 82*).

Advierte Hinkelammert, cómo en esta visión neoliberal, se invierten todos los términos. Hay desempleo porque la política del pleno empleo y de protección laboral lo provoca. Hay pauperización porque la política de redistribución de ingresos destruye los incentivos y lleva,

por tanto, a un producto social menor que empobrece. El propio subdesarrollo aparece ahora como resultado del intervencionismo desarrollista que solamente obstaculiza los esfuerzos de un desarrollo sano de la empresa privada. Y la crisis del ambiente existe, porque no se ha privatizado, suficientemente el ambiente.

Desde este enfoque neoliberal, el Estado intervencionista aparece como el gran culpable de la crisis económica actual, y la solución de la crisis se anuncia por una política de desorganización del capitalismo organizado.

Aparece así una alternativa burguesa nítidamente empresarial de un capitalismo radical. La empresa capitalista reivindica el mundo como espacio libre para sus acciones.

Para no dar un paso adelante, que habría consistido en una amplia planificación de las inversiones y una política efectiva del pleno empleo en la línea de un desarrollo socialista se dio un paso atrás dando un giro radical hacia los inicios del capitalismo, anterior al surgimiento de los principales mecanismos de intervención del Estado burgués. El capitalismo radical es un romanticismo en nombre del capitalismo inicial, un regreso a los orígenes.

Este anti-intervencionismo necesita, para ser posible, una alta concentración del poder en el Estado. Para poder destruir al Estado intervencionista, hace falta un nuevo poder estatal mayor, que sea capaz de acallar los reclamos por intervenciones estatales. Disminuyendo, por tanto, las intervenciones en el campo económico y social suben más que proporcionalmente las actividades represivas estatales, los gastos en policía y ejército. *La represión policial libera, los gastos sociales esclavizan*; ese es el lema del nuevo Estado anti-intervencionista, que resulta ser en muchas partes simplemente un Estado policíaco. En este contexto Hayek considera inevitable la existencia de poderes absolutos (*Ibíd.*, 83).

Señala el agudo análisis hinkelammertiano, que en esta visión neoliberal del antiintervencionismo, aparece una nueva concepción de la aproximación al equilibrio eco-

nómico que sustituye la aproximación a la competencia perfecta de los liberales neoclásicos.

La política antimonopólica cambia completamente su carácter mientras aparece como principal elemento de la aproximación lo que Hayek llama las “reglas generales de conducta”. El núcleo de estas reglas es la orientación por la maximización de las ganancias a partir del reconocimiento irrestricto de la propiedad privada y del cumplimiento de contratos estrictamente individuales. Por tanto, lo antimonopólico adquiere el carácter de asegurar que efectivamente empresas e individuos concerten contratos entre sí sin ninguna injerencia “externa”.

En esta nueva visión, las concentraciones empresariales dejan de ser monopolios, mientras los monopolios externos que se introducen ilegítimamente en la libertad de contratos resultan ser los sindicatos obreros apoyados y garantizados por el Estado intervencionista. Parafraseando al “pope” de la escuela de Chicago Milton Friedman, en este modelo económico sólo un problema existe y es la raíz de los desequilibrios de los mercados. Se trata del problema sindical, que provoca el desempleo. El desempleo no es resultado del mercado capitalista, frente a cuyos problemas se constituyen los sindicatos, sino que es la constitución de los sindicatos lo que produce el desempleo y demás problemas sociales. A Friedman, como a los neoliberales en general, la realidad empírica no les preocupa para nada. Antes de existir sindicatos, el desempleo era tan grande como después de su constitución, y seguramente tenía consecuencias más graves. Pero la empírea no es nada, el efecto sofista de manipulación de opiniones lo es todo.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En síntesis, consideramos haber mostrado como; el pensamiento de F. Von Hayek ejemplifica la posición extrema del punto de vista, de un “sistemismo tecnocrático”, en efecto; tras la marejada que significó el gran aporte de los maestros de la sospecha, el surgimiento de poderosos movimientos sociales anticapitalistas y de los nuevos Estados y economías de planificación centralizada, la sensibilidad dominante de la época se manifiesta en

las élites ilustradas burguesas bajo el ropaje de una ideología de crisis, desencanto, decadencia, o de conciencia de la necesidad de reformas cuando no de reestructuración. En medio de este panorama, el pensamiento de un Hayek aparece como un fundamentalismo que intenta, a partir de la radicalización de la economía política de Smith y Hume, y la continuación de los análisis de la escuela austriaca, una recuperación de la tradición liberal en un nuevo contexto.

Como hemos mostrado la crítica hinkelammertiana, en el paradigma neoliberal propuesto por Hayek no existe ninguna consideración de la reproducción de la vida humana y de sus condiciones de reproducción, el omnisciente y todopoderoso mercado, orden espontáneo, natural, producido no intencionalmente en la propia historia y evolución de la especie humana, “*societas perfecta*”, con lo que se da el proceso de totalización del pensamiento liberal que seminalmente parte de un contexto humanista y utópico, para concluir —como lo vivimos y lo sufrimos cada día— hoy como un pensamiento del orden vigente y una sensibilidad totalmente sistémica y profunda y fundamentalmente antiutópica (que como muestra Hinkelammert, es el utopismo más peligroso).

Consideramos que lo significativo y relevante de un autor como Hayek, es que *paradójicamente*, sus tesis son fundamentales en los ensayos de ingeniería social, que a golpe de sangre y fuego se han realizado en nuestras sociedad en las dos últimas décadas. Es esto lo que permite afirmar que más que ser una moda, el pensamiento de Hayek se ha constituido en fundamento de propósitos y fines evidentemente pragmáticos.

Trabajos como el presente, busca dejar en evidencia el antihumanismo y el tecnocratismo de este tipo de concepciones, para así, luchar por crear en nuestras sociedades un pensamiento y una praxis alternativa, que posibiliten la creación de condiciones de existencia más justas y equilibradas para sus ciudadanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Azofeifa, Yohhny. “La categoría de la trascendentalidad inmanente a la vida real en la crítica de la utopía propuesta por Franz J. Hinkelammert: alcances filosóficos y políticos”, *Tesis de Licenciatura en Filosofía*, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, 1997, Inédita.
- Centeno, Miguel Ángel. “Hayek y la burocracia” en *Pensamiento Iberoamericano*, nro. 3, UNAM, México, 1997.
- Corrales, Jorge. “A cien años del nacimiento de Hayek”, en *Acta Académica*, nro. 24, mayo 1999.
- Hayek, Friedrich A. “La pretensión del conocimiento”, en: *¿Inflación o pleno empleo?* Unión Editorial, Madrid, 1976.
- _____. *Camino de servidumbre*, UACA, San José, 1986.
- _____. “El atavismo de la justicia social”, en *Revista Estudios Públicos*, nro. 36, Chile, 1989.
- Hernández-Pacheco, Javier. *Corrientes actuales de Filosofía Social II*, Tecnos, Madrid, 1997.
- Hinkelammert, Franz J. *Crítica a la razón utópica*, DEI, San José, 1984.
- Terrén Lalana, Eduardo. “Presentación La inevitable imperfección del conocimiento humano: Hayek y el uso social del conocimiento” *Revista Reis*, nro. 80, Madrid, 1997.
- Velásquez Delgado, Jorge. “F.A.Von Hayek y el factor político”, s.f.